

trato de la señora Brown. Ahora daba pinceladas rápidas y acariciadoras, como si cuando lo posaba en el rostro del joven sus labios estuviesen al extremo de su pincel. Al encontrarse sola con él en el amplio gabinete en que los esplendores de la pintura moderna estaban colgados de las paredes, una voluptuosidad secreta y deliciosa la transportaba. En aquella intimidad con obras maestras consagradas y su naciente amor, pasaba horas deliciosas. Gustosa hablaba con Reinaldo mientras trabajaba, y lo que el joven deseaba conocer, eran los años sombríos de su vida, las tristes horas vividas por las dos hermanas al pasar del lujo á la estrechez. No se cansaba de hacerse explicar las contrariedades de Genoveva, los fracasos sufridos, las insolencias de gentes que poco antes se las daban de protectores. Prodigábase en críticas amargas con respecto á la cobardía y al egoísmo de los hombres. Si él hubiese estado á su lado, si las hubiese conocido antes, qué pronto hubiera reparado las injusticias del destino. Pero todo era reparable todavía, y de modo vago, que sin embargo parecía clarísimo á Rosalía, daba á entender que intervendría gustoso en los destinos de la familia.

III

Aquella tarde, la señora y la señorita Hertelín habían ido á visitar á la abuela de Reinaldo Brown, y ésta las había conducido al gabinete en que Rosalía daba los últimos toques al retrato de su nieto. Rosalía siguió trabajando mientras el americano hizo los honores de su colección á su madre y á su hermana. Genoveva, vestida con mucha sencillez, con un cuerpo ajustado á su espléndido talle y su rostro que iluminaban magníficos ojos negros, contestaba con sonrisas á las inflamadas miradas del joven, y con atenta amabilidad oía las explicaciones que él daba sobre los cuadros colgados de las paredes.

En realidad sólo atenta á sus pensamientos, ni siquiera escuchaba cuanto le decía. Se veía ya dueña de aquella suntuosa morada, disponiendo de las fabulosas riquezas de aquellos extranjeros, y apoyada en centenares

de millones como una reina en su trono. Su belleza y su talento, realzados por aquel cuadro desvanecedor, le aseguraban una incontestable soberanía. Se convertía en la artista gran señora que deslumbra, y que todo el mundo conoce, admira y aplaude. Y en verdad ¿qué se necesitaba para que aquellos sueños extraordinarios se realizasen? Que aquel americano rubio que la devoraba con los ojos, detallando las bellezas de un Teodoro Rousseau, se decidiese á satisfacer su capricho y hacerla su mujer. Una sola palabra la separaba del fin prodigioso de su vida. Pero esa palabra, era preciso obtener que Reinaldo la pronunciase, y ¿cómo llevarle á adoptar tan grave decisión? Esto era lo que se preguntaba mientras parecía saborear las consideraciones que ocupaban á Reinaldo. Con todo, preciso es confesar que ese día él prestaba á sus cuadros una atención en todo igual á la que ella prestaba á sus discursos. La contemplaba, y su hermosa colección, sus bellos lienzos inestimables todos, le parecían por vez primera sin interés ninguno, tan profundamente le turbaba la encantadora Genoveva.

Los dos se habían detenido ante un Troyón de mérito notabilísimo, y Reinaldo ni siquiera decía una palabra. Permanecía inmóvil contemplando la nuca amarillenta de la joven en la que se arremolinaban ligeros mechones de dorados cabellos. Genoveva sentía tras ella el aliento del enamorado americano, y lo adivinaba palpitante, ansioso, próximo á las supremas debilidades. Tal vez las palabras decisivas iban á caer en sus oídos cuando la puerta

del gabinete se abrió, y en el hueco apareció el señor Freeman, el secretario de embajada.

En un instante se rompió el encanto. Reinaldo tuvo que salir al encuentro de su amigo, y Genoveva se vió precisada á concederle una parte de sus amabilidades. Al tiempo que sus labios aparecían contraídos por amable sonrisa, le maldecía desde el fondo de su corazón. Desde entonces, el retrato de Reinaldo hecho por la señorita Hertelín, fué el objeto de conversación. Lo hábil de la composición, la maestría de la ejecución y todos los detalles, fueron admirados por turno. Luego, la madre y las hijas se despidieron de la señora Brown y los americanos se quedaron solos.

Freeman y Reinaldo se habían educado juntos en Harvard, y les unía la más sólida amistad. Sin embargo, una mujer se había interpuesto entre ellos, y repentinamente sus relaciones se habían enfriado. Guardaban mutua reserva, y en vez de buscar ocasiones para encontrarse, como antes, se evitaban y no hacían ningún esfuerzo para hallarse juntos. Aquel día, sentados en el gabinete de Reinaldo, fumando cigarillos egipcios, y con la mirada fija en el vacío como si se entregasen á muy serios pensamientos, los dos hombres permanecían sin decir palabra.

El secretario de embajada, después de un largo rato, fué quien se decidió ha hablar.

— Quisiera — dijo — hacerle una confidencia, y desde hace días vacilo como si no tuviese las mejores razones

para fiarme de usted. Estoy enamorado de la joven que acaba de salir de aquí, y quisiera saber lo que pensaría de mi unión con ella.

En semejante situación el joven Brown dió pruebas de la imperturbable sangre fría que tanto había contribuido



al feliz éxito de sus negocios. No pestañeó, sus dedos sacudieron suavemente la ceniza del cigarillo que sostenían, y antes de contestar á su amigo con respecto á un asunto que tanto le interesaba, se tomó el tiempo necesario para reflexionar. Pensó: « Si le digo á Freeman que apruebo su proyecto, me privo de todo medio para suplantarlo y le doy ocasión para que pueda acusarme de desleal. Preciso es pues que hable claramente y en

seguida, pero si le confieso que quiero á la señorita Hertelín, debo casarme, y esa es una solución sobre la que no se puede volver. » Y murmuró:

— Ante todo, ¿ ha pensado usted, Freeman, que la señorita Hertelín es pobre, y que usted no es rico?...

— Tengo lo suficiente para vivir.

— Para usted solo, y con economía. Una familia es otra cosa...

— Sí, lo sé. He pensado cuanto me dice, pero en Francia, con la fortuna que poseo, se puede vivir bien.

— ¿ Renunciaria usted á su carrera?

— Tal vez me vería precisado á ello.

— Esa es una resolución gravísima. ¿ No temería arrepentirse más tarde?

— Si soy feliz, no me arrepentiré de nada.

— Y ¿ será usted feliz no teniendo nada que hacer?

— Eso es lo que me preocupa. ¿ Pero no podré hacer nada fuera de la diplomacia?

— ¿ Se metería usted en negocios? Para dedicarse á los negocios precisa ser muy rico ó muy pobre. Usted no es ni una cosa ni otra.

Oyendo á su amigo, Freeman se decía: « No me dice francamente lo que piensa. Tal vez entre la señorita Hertelín y él haya ya un acuerdo. Preciso es que le obligue á confesármelo. » Y repuso:

— No es sólo un consejo lo que he venido á pedirle. Quería rogarle que diese un paso por mí...

— ¿ Acerca de quién?...

— Acerca de la señorita Genoveva... Quisiera que hablando con ella, sin aparato y con toda sencillez, le diese cuenta de mis sentimientos...

— Vamos — dijo Reinaldo — me trata usted como á un pariente viejo.

— ¿ Le contraría hablar en mi nombre?

— De ningún modo, pero es un encargo especialísimo. ¿ Por qué no lo hace usted mismo?

— Comprenda lo penoso que sería para mí oír que la señorita Hertelin contestaba con una negativa. Sería directo, como un bofetón en medio de la cara.

— Y prefiere que lo reciba por usted.

— Amigo mío, á usted no le dolería. No creo que nuestra amistad le haga sensible hasta semejante extremo.

— ¿ Porqué no se dirige á Cantor?

— Está demasiado ocupado con la hermana que se dedica á la pintura. Lo haría mal.

— ¿ Cree usted que Robinsón siente inclinación por la señorita Rosalía Hertelin?

— Estoy seguro de que su talento le ha fanatizado. A todo el mundo habla de lo mismo.

— Excepto á la principal interesada.

— Está convencido de que no quiere casarse.

— ¿ Por qué?

— Pues porque ha interrogado á Genoveva y ésta le ha asegurado que su hermana quería permanecer soltera.

— Pues bien, Freeman; yo puedo hacer por usted lo

que Cantor ha hecho para sí mismo, y hablar á la señorita Rosalía... Por ella sabré cuáles son las disposiciones en que su hermana se encuentra, y le propondré claramente la cuestión en lo que á usted se refiere.

— Está bien. No puedo pedir más á su buena amistad. Gracias querido Reinaldo, y suceda lo que suceda, cuente con mi agradecimiento.

Se miraron frente á frente como leales competidores, y se estrecharon la mano. Ninguno de los dos abrigaba la menor duda con respecto á sus íntimos sentimientos, y sin haberse dicho nada se lo habían confesado todo. Freeman, convencido de que su amigo era su rival, tenía el convencimiento de que Reinaldo cumpliría la misión que había aceptado. Éste, en efecto, no pensó ni un instante en dejar de hacer lo que había prometido, y todo el tiempo que había pasado sin tomar una decisión le había servido para fijar sus verdaderas intenciones y sentía gran prisa para resolver el problema de su porvenir. El medio que había encontrado de participar á Rosalía los sentimientos de Freeman y los suyos propios con respecto á Genoveva, facilitaba mucho su decisión y tranquilizaba su timidez. Si hubiese debido hablar á la que amaba y exponerse, como Freeman decía, á recibir la contestación en pleno rostro, como un bofetón, no se hubiera mostrado tan impaciente.

La mañana siguiente, precursora de la tarde en que Rosalía debía ir á la sesión cotidiana, le pareció interminable. Sin embargo, cuando la señorita Hertelin se ins-

taló en el gabinete, cerca de la ventana por donde entraba la luz, preparó sus pinceles, y empezó á mirar al modelo, Reinaldo se sintió menos decidido á hablar. Todos los períodos de su discurso que preparaba desde la víspera se borraron de su memoria. Permaneció en su butaca inmóvil, mudo y contrariado. Al cabo de un rato, bastante largo, una repentina reacción se produjo en sus pensamientos. Se dijo : « Verdaderamente, soy un estúpido. ¿Tan difícil es abordar semejante cuestión? Al fin y al cabo es un asunto como los que en la vida se presentan á diario. » Recobró su valor, su lucidez, y habló :

— Señorita Hertelín, tengo una confidencia muy importante que hacerle y una súplica que dirigirle... Se trata de su hermana.

Se detuvo bruscamente. Rosalía se había vuelto hacia él, y, pálida como la cera, le miraba con ojos de angustia. Reinaldo observó que la paleta temblaba entre sus dedos y que la turbación que de ella se había apoderado era tan grande, que con la espátula colocaba blanco sobre azul. Sin embargo no pronunció ni una palabra, y con la mirada interrogó al americano. Éste añadió :

— Uno de mis amigos no ha podido ver á la señorita Genoveva sin prendarse de ella...

Le interrumpió de nuevo el profundo suspiro que se escapó de los descoloridos labios de la joven al oír estas palabras : « uno de mis amigos ». Los ojos de Rosalía, llenos de lágrimas, vacilaron, y una sonrisa de gratitud se dibujó en sus labios. La joven repitió :

— Uno de sus amigos quiere á mi hermana... ¿Y ese amigo?

— Es Freeman — contestó el americano. — Me ha encargado que le ruegue que sea usted su intérprete acerca de la señorita Genoveva... Pero no es eso todo. No es él sólo quien asocia á su hermana á sus mas risueñas esperanzas.

La inquietud que había ensombrecido un instante la mirada de la señorita Hertelín, apareció de nuevo más punzante, y con la cabeza baja, la boca dolorida, la joven pareció esperar de nuevo un golpe mortal.

— Verdaderamente siento tener que hacerle estas confidencias, — repuso Reinaldo — y si no tuviese tanta confianza en su buen juicio, y si no conociese el afecto verdaderamente protector que su hermana la inspira, nunca me atrevería á hacerla juez de semejante rivalidad. Sí, Freeman quiere á la señorita Genoveva, vino á confesármelo ayer, y al mismo tiempo á suplicarme que fuese el intérprete de sus sentimientos. Papel verdaderamente difícil para mí, que estoy tan enamorado como puede estarlo él mismo, y que me veo obligado á defender su causa cuando quisiera abogar por la mía. Sin embargo, tengo que cumplir mi promesa y decirle todo lo bueno que de Freeman pienso. Es un hombre de bien á carta cabal, está en muy buena posición y seguramente llegará á ocupar una embajada ó un cargo muy elevado en América... No es muy rico... pero tiene lo suficiente para vivir. Si tiene la fortuna de gustar á la señorita Genoveva, sería

para ella una elección muy acertada. En cuanto á mí...

Se detuvo. Al parecer, Rosalía no le escuchaba. Con la frente inclinada, y los ojos obstinadamente cerrados, permanecía tan inmóvil que cualquiera hubiera podido creer que dormía. Un silencio penoso reinó en la habitación. Reinaldo, inquieto por la sorprendente actitud de la señorita Hertelín, y desconcertado por su mutismo, no se decidía á continuar aun cuando fuese su propia causa la que quedase en alto. Pero no se sentía dispuesto á hacer su propia apología á aquella soñadora que parecía haber olvidado por completo su presencia.

Y con todo, tras sus cerrados párpados, en lo más íntimo de su pensamiento, Rosalía era presa de violenta agitación, y su inmovilidad disimulaba los más crueles tormentos. ¡ Se había engañado de modo tan grande! El que creía con tanta inocencia que se ocupaba de ella, no pensaba sino en Genoveva, y una vez más la favorecida por la naturaleza, la preferida de su madre, triunfaba y la relegaba en la sombra, único destino que parecía corresponderle. Tenía que verse siempre desdeñada, y le era preciso resignarse á ver que otra más afortunada se apoderaba de su parte de felicidad. El destino la había condenado al desdén y al abandono. Únicamente su anciano padre, como ella despreciado, sabía amarla y comprenderla.

De sus cerrados párpados se escaparon gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas y desahogaron su pobre y oprimido corazón. Después de tan risueñas es-

peranzas, era muy duro sufrir una decepción tan cruel, y, á pesar de su fuerza de voluntad, no podía dominar su dolor. Y sin preocuparse de lo que Reinaldo pudiese pensar, sola consigo misma, no hacía ningún esfuerzo y dejaba que sorprendiese, en abandono supremo, la agonia de su alma.

Tan lejos estaba el americano de sospechar la verdad, que al ver correr el llanto de la joven no se alarmó por ella, y sólo temió para él algún grave contratiempo. Se atrevió á tomar una de las manos de Rosalía, y con voz ansiosa le preguntó:

— ¿ Sabe usted algo que pueda hacer inútiles mis esperanzas? ¿ Acaso su hermana?...

Ella no le dejó terminar, tan penoso le pareció su sufrimiento.

— No, tranquilícese usted : es libre, puede usted esperar.

— ¿ Habla usted refiriéndose á mí?

— ¿ Á quién me puedo referir? Sólo usted es digno de ella. Su amigo Freeman es un caballero muy amable, pero usted...

Se contuvo, temiendo decir demasiado. Había recobrado ya la completa posesión de sí misma y la amargura de su sacrificio no le parecía exenta de satisfacción. ¿ No era para ella una costumbre ser desdeñada, y cuanto florecía en el corazón de las otras no debía marchitarse y morir en el suyo?

Con una mirada cuya tristeza rayaba en ironía, dijo :

— Su amigo ha escogido un buen embajador. El señor Freeman se parece un poco á mí, su destino no es otro que hacer resaltar el mérito de los demás... Á su lado desaparece como á mí me eclipsa mi hermana. Pero eso es muy justo. Nuestra Genoveva es tan linda y tiene tanto talento... No es posible verla sin quererla ¿verdad?

A pesar de que la pasión cegaba á Reinaldo, las palabras de Rosalía le inspiraron algunas dudas con respecto á los sentimientos de la joven. Se fijó en ella con mayor atención que lo había hecho desde que habían principiado á hablar, pero el rostro tranquilo y sereno de la señorita Hertelín no manifestaba ni emoción ni desencanto. La veía del mismo modo que tenía costumbre de verla todos los días. Rosalía se había puesto de nuevo á pintar, y su pincel de marta daba con precisión en el lienzo los ligeros toques de color. La tempestad que había alterado aquel corazón delicado y fuerte bramaba aún, pero no se manifestaba por ningún signo exterior. Con sangre fría admirablemente fingida, repuso:

— Ahora, ¿quiere decirme lo que después de nuestra conversación piensa hacer? No me parece admisible que se contente con hacerme á mi sola esas confidencias. ¿Le conviene que repita á mis padres lo que acaba de decirme?

— Se lo ruego. No daré ninguna contestación á Freeman hasta que usted haya hablado con su hermana. Ella debe decidir entre nosotros... Para ponerla en condicio-

nes de juzgar le he sometido las ambiciones de Freeman y las mías.

— Dentro de un momento le repetiré nuestra conversación, y para que no tenga usted que esperar hasta mañana una solución que debe tener prisa en conocer, le enviaré cuatro letras para que duerma tranquilo esta noche.

— Es usted de una bondad exquisita — exclamó Reinaldo.

Rosalía, sin contestar, bajó la cabeza y siguió pintando. La tarde caía; dejó la paleta, miró con detención el lienzo durante unos segundos y dijo:

— He ahí un retrato casi terminado. Puedo dejarlo descansar durante algún tiempo, para dedicarme después á él con mejor resultado. Le ruego que lo coloque en sitio donde nadie pueda tocarlo y donde no le perjudique el polvo.

— ¡Cómo! ¿No vendrá á trabajar mañana? preguntó Reinaldo con inquietud.

— No, en casa tengo un cuadro empezado, y quisiera terminarlo. Para decir las cosas como en realidad son, tengo necesidad de terminarlo.

— Si necesita usted dinero — dijo el americano.

Rosalía hizo un gesto de orgullosa protesta.

— De ningún modo. No me ha comprendido usted. Regis me da prisa para que le entregue el cuadro, y para consagrarme completamente á usted había descuidado mis compromisos. Ahora precisa que vuelva á mis trabajos corrientes. — Eso es lo que voy á hacer.

Había hablado con tanta firmeza, que Reinaldo no se atrevió á replicar. Repentinamente se había transformado. A la amabilidad algo infantil que en sus relaciones con él había mostrado, sucedió una autoridad decidida y fuerte. Aparecía una mujer cuya voluntad igualaba á su talento, y así debía ser para que su carácter estuviese á la altura de su inteligencia.

Se despidió de Reinaldo, y se fué sin pasar por el salón en donde la señora Brown había preparado el té. Instintivamente Reinaldo no hizo el menor esfuerzo para retenerla. Rosalía, por su parte, parecía que deseaba alejarse, y era indudable que entre los dos había algo que hacía tirantes sus relaciones. Se habían estrechado la mano, y Reinaldo, no sin algo de estupor, se encontró solo en medio del espléndido vestíbulo donde los lacayos se habían puesto ceremoniosamente de pie.

Lentamente se dirigió al saloncito en donde regularmente se encontraba á su abuela á partir de las cinco, y bésandole la mano se sentó y distraídamente se preparó una taza de té. No la tomó, y permaneció sumido en profundas reflexiones hasta que la señora Brown le dijo :

— Reinaldo ¿ qué sucede ? Esta tarde no me pareces dueño de ti mismo. ¿ Tienes algun disgusto ?

— No, — dijo poniéndose en pie para librarse de su preocupación.

— ¿ No habéis trabajado en el retrato ?

— La sesión acaba de terminar, y como la señorita

Hertelín tenía mucha prisa, me ha rogado que la excusase por no haber entrado á saludarla.

— Mañana la veré.

— No; no vendrá durante algunos días.

La señora Brown miró á su nieto con atención, sonrió, y dijo :

— ¿ Acaso te has disgustado con la señorita Hertelín ? Apostaría á que no estábais muy de acuerdo.

Reinaldo enrojeció. Hizo un rápido gesto de protesta, y replicó :

— Todo lo contrario.

— Tanto mejor, es una criatura encantadora y un talento superior.

— Una criatura encantadora y un talento superior — repitió Reinaldo. — Esas dos cualidades tan preciosas, cuando se reúnen en una sola persona, ¿ le dan á sus ojos un valor especial ?

— Sin duda — respondió la señora Brown no sin asombro. — Pero ¿ á donde vas á parar ?

— Una criatura encantadora y un talento superior, es según usted, y desde el punto de vista social, igual á un hombre como yo ¿ no es cierto ?

— ¿ Qué quieres decir con esto Reinaldo ? — exclamó la señora Brown formalmente alarmada esta vez. — Después de haber rehusado los partidos más brillantes ¿ piensas casarte con la señorita Hertelín ?

— Y si pensase en ello ¿ qué diría usted ?

— Diría que me sorprendes extraordinariamente,

y que no sé qué contestar. ¡ La señorita Hertelín !

— Una criatura encantadora que tiene un talento superior. Usted misma lo ha dicho hace un instante.

— Un talento muy superior, es cierto. Criatura encantadora sí, pero encantadora moralmente, porque en cuanto al físico, es bien ordinario.

— No es de ella de quien se trata — dijo Reinaldo con vivacidad.

— ¡ Cómo !

— Sin embargo, pienso en una señorita Hertelín, pero no en Rosalía. Pienso en su hermana Genoveva.

— ¡ Ah ! — dijo la señora Brown. — Mucho más hermosa, pero un talento más inferior.

— Muy grande querida abuela, usted como yo y como todos, experimentó una sensación deliciosa al oirla. Y en cuanto al encanto y á la belleza...

— Lo concedo, es muy bonita... muy bonita y mucho más joven, pero no puedo ocultar que tu elección me asombra. La señorita Genoveva Hertelín...

La abuela permaneció pensativa con la barba apoyada en la palma de la mano y los ojos medio cerrados. Reinaldo la observaba en silencio sin atreverse á turbar su meditación. Al fin la anciana exhaló un suspiro, y abriendo los ojos los fijó en su nieto y sonrió.

— Evidentemente no es la boda que había soñado para ti, pero la familia Hertelín es muy honrada y Genoveva muy hermosa. Sin embargo, es raro, me parece que

hubiera preferido que te casases con la otra. ¿ Estás seguro de que quieres á la menor ?

— Segurísimo. Desde que la vi no pienso más que en ella y eso no me sucede á mi solo. Freeman me ha confiado sus intenciones y su mayor deseo sería casarse con Genoveva.

— ¿ Es esto lo que te ha decidido ? Porque para hablarme como me hablas, preciso es que hayas tomado una resolución.

— Claro está. No podía dudar más, pues Freeman me ha suplicado que hable por él á la señorita Hertelín.

— ¿ Y lo has hecho ?

— Hoy mismo, como lo había prometido. Pero al hacer conocer las intenciones de mi amigo no podía dejar ignorar las mías.

— ¿ Y las tuyas han sido mejor acogidas que las de tu amigo ? En justicia debía de ser así. Eres mucho mejor partido que Freeman, querido.

— Sin duda alguna, pero sólo he tenido que convencer á Rosalía ¿ Quién sabe si Genoveva será de su misma opinión ?

— Muy probable es que sea así. Me siento inclinada á creer á Rosalía poco sensible al lujo y á la riqueza. Genoveva es muy distinta.

— ¿ Tiene usted mala opinión de ella ?

— De ningún modo, pero la creo más interesada y más ligera que su hermana. Ha sido más mimada, y claramente se ve que es la preferida de su madre. Por lo

demás, esto no es una razón para que no sea una excelente criatura y de ningún modo quiero rebajarla á tus ojos. Eres dueño de tus acciones y lo bastante juicioso para conducirte sin que se te aconseje.

— Es que yo no quisiera hacer nada que la contrariase y ya sabe usted que tengo en mucho su opinión.

— Te doy infinitas gracias, querido nieto, ... pero creo que lo mejor es esperar á que los acontecimientos se precisen. En todo caso, cuenta siempre con mi afecto.

Al llegar á su casa, Rosalía, sin quitarse el sombrero siquiera, se dirigió á la habitación de su madre. Según costumbre, la señora Hertelín y Genoveva estaban sentadas y hablaban al tiempo que se ocupaban en labores de adorno. La llegada de Rosalía las interrumpió.

— ¿Has vuelto con tu padre? — preguntó la señora Hertelín.

— No mamá, era muy temprano y no he ido á esperarle. Por otra parte, tenía que comunicaros noticias importantísimas que no he querido tardar en poner en vuestro conocimiento.

— ¿Qué es lo que te sucede? — preguntó agriamente la madre fijando en su hija mayor una mirada casi hostil.

— A mí, nada. No se trata de mí.

— Entonces ¿de quién?

— De mi hermana.

— ¿De Genoveva? Entonces, ¿qué esperas para explicarte? ¿Es algo bueno por lo menos?

— Muy bueno. Por lo menos, á mí me parece así.

— ¡A ti! En fin, veamos de que se trata.

— De una petición de mano.

Repentinamente empezó á reinar un silencio profundo y pesado. La señora Hertelín y Genoveva miraban á Rosalía con ojos resplandecientes, y sus mejillas habían enrojecido.

— ¿Por parte de quién? ¿De quién? ¿Hablarás al fin? tartamudeó febrilmente la señora Hertelín.

— De parte de Reinaldo Brown — dijo Rosalía con voz tranquila.

— ¡Reinaldo Brown! — exclamó Genoveva.

— ¿Es posible? — dijo la señora Hertelín.

— ¡Reinaldo Brown! repitió Genoveva.

Se puso en pie, y como si hubiese sufrido un ataque de locura repentina empezó á bailar dando vueltas al rededor de la habitación y gritando:

— ¡Reinaldo Brown!... Un nombre tan rico... Tra, la la, tara la la...

Y una risa aguda, casi convulsiva, se escapó de sus labios mientras seguía saltando, golpeando los muebles y dando vueltas al rededor de la habitación, como empujada por una especie de vértigo. La señora Hertelín fué la primera que recobró la serenidad; cogió á Genoveva por un brazo, la obligó á sentarse, y atrayendo á Rosalía que asistía estupefacta á aquel desencadenamiento de frenética alegría la dijo:

— Cuéntamelo todo detalladamente. ¿Estás bien segura

de que no te engañas? Una decepción después de semejante esperanza, sería para suicidarse. Veamos. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo se ha entablado la conversación? ¿A propósito de qué? Pero... ¿es posible? — añadió interrumpiéndose y dejándose dominar de nuevo por la alegría. — Un marido de las mil y una noches. Uno de los hombres más ricos del mundo. ¡Y semejante felicidad es para nosotras! Y para esto ha sido suficiente que viese uno de tus cuadros, mi querida Rosalía. Semejante triunfo te lo deberemos á ti. Ven, dame un beso.

Con satisfacción y orgullo estrechó á su hija contra su pecho con efusión á que nunca la había arrastrado su ternura maternal. Rosalía, muy tranquila, con profunda tristeza y el corazón oprimido al observar que lo único que para las dos mujeres contaba era la fortuna de Reinaldo, explicó la escena de las confidencias y que Freeman entraba también en batalla:

— El señor Freeman, — exclamó la señora Hertelín con desprecio — un secretario de embajada que tal vez no tiene ni cien mil francos de renta. ¡El señor Freeman! Menudas pretensiones tiene ese joven al aspirar á Genova. ¿Qué dices á eso querida? ¿Te conformarías con ser la señora de Freeman pudiendo convertirte en la esposa de Reinaldo Brown?

Genoveva contestó con una sonrisa. Pasado el primer momento de frenesí, había recobrado la frialdad y la reflexión. En aquel momento pensaba en las fabulosas consecuencias que para ella y los suyos podía tener el



Uno de los hombres más ricos del mundo. ¡Y semejante felicidad es para nosotras! (pág. 76).

capricho de Reinaldo, y un porvenir espléndido se ofrecía á su imaginación.

— No, no; Freeman no debe entrar en línea ni un minuto, es preciso que se dé cuenta de su inferioridad y que no venga indiscretamente á entorpecer la marcha de nuestros asuntos. Creo que es un hombre delicado, y preciso será rogarle que lo demuestre. Pero Rosalía, no te habrán encargado decir á tu hermana que elija el pretendiente que más le convenga. Precisa dar á esta situación extraordinaria una solución práctica y sencilla. ¿Cuál?

Rosalía calló un momento y luego respondió:

— He prometido al señor Brown, hacerle conocer la resolución de mi hermana.

— Bravo. Has maniobrado como un ángel. De este modo el señor Brown se ha comprometido con nosotros, y de nosotros depende comprometernos con él. ¿Qué contestamos Genoveva? ¿Nos comprometemos?

— Sí, mamá, sin vacilar.

— Entonces Rosalía ¿cómo vas á conducirte?

— Como he prometido al señor Brown con objeto de evitarle las preocupaciones de la espera.

— Entonces está sobre áscuas — exclamó la señora Hertelín. — Pues, para evitarle las preocupaciones...

— Voy á enviarle cuatro letras que recibirá antes de acostarse...

— Perfectamente. Pero, qué inteligente y previsora es esa criatura. ¡Cómo! ¿Quién había de creer que

Rosalía tuviese tanta diplomacia ? ¿ Cómo imaginarlo al verla siempre silenciosa y concentrada ? Tienes mucha habilidad. Genoveva, da un beso á tu hermana. Hoy ha hecho mucho por ti, y eso rescata muchas cosas.

La señora Hertelín pronunció las últimas palabras con afectada solemnidad. Lo que Rosalía rescataba de aquel modo era sin duda su superioridad artística, su valerosa virtud, su heroica abnegación, su fealdad tal vez también, y el triunfo de un momento que su talento le había procurado sobre las pretensiones de su hermana. Bajó la cabeza, abrumada por el peso de la adulación materna, tomó una tarjeta, escribió algunas líneas y se la dió á su madre que la leyó con atención.

« La contestación que tengo que darle, mi estimado señor Brown, es la que le he dejado adivinar. A mis padres y á mi hermana les ha llegado al alma su petición, y se considerarán muy dichosos oyéndosela renovar personalmente. Suya muy afectísima

« ROSALÍA HERTELÍN. »

— Eso quiere decir claramente : Venga mañana á empezar sus relaciones — dijo como comentario, la señora Hertelín. — Es hábil y al mismo tiempo muy digno. La contestación cordial pero sin entusiasmo. « A mis padres y á mi hermana les ha llegado al alma su petición... » Es decir, si usted no la hubiese hecho, no por eso se hubieran muerto, pero con todo, la agradecen.

Eso era lo que se debía decir. Hasta ahora amigo mío, nada se puede decir, santo y muy bueno, pero ha llegado el momento de hacer oír la voz y pronunciar las palabras oficiales. Todo está maravillosamente encadenado. Esa Rosalía... vamos, que no acierto á comprender de donde ha sacado tanta habilidad.

— Pero mamá, ¡ si era imposible contestar otra cosa !

— Bueno. ¿ Enviamos la tarjeta ?

— ¿ Y Papá ? — exclamó Rosalía. — Creo que no estaría de más que se le consultase.

— Toma. Ni siquiera se me había ocurrido. ¿ Consultarle ? Bueno sería que pusiese inconvenientes. Pero es el jefe de la familia y comprendo que se cuente con él en tan graves circunstancias. Demoremos el envío hasta que llegue. Es cuestión de un cuarto de hora.

Y mientras esperaban al señor Hertelín, que no podía figurarse los nuevos destinos de su familia, las dos mujeres continuaron tejiendo los hilos de oro de la trama de sus sueños...